

publicaban en prodigioso número, y cuantos amigos iban á verle sabían que su conversación favorita era el curso de la guerra, cuyas noticias él comentaba con recuerdos de la campaña del 33 al 40, y de los movimientos militares de entonces, que ahora, en concepto suyo, debían repetirse. Pero lo que realmente impresionaba escuchándole era que, al tratar de los curas que mandaban partidas, hablaba de ellos igual que de los otros cabecillas, haciendo abstracción completa de su carácter sacerdotal, sin que á pesar de su odio al carlismo aprovechase la ocasión de condenar la conducta de los clérigos que tal hacían. Limitábase á juzgarles en cuanto jefes militares de mayor ó menor importancia, pero sin atreverse á descargar su indignación sobre ellos porque, siendo ministros de paz, salieran al campo á matar prójimos. Algunas veces, por frases que se le escapaban, daba á entender que no quería bien al clero, más nunca salían de sus labios improprios ni frases agresivas; y si alguien las pronunciaba en su presencia, no sólo se abstenía de hacerle coro, sino que procuraba torcer el giro de la conversación. Las personas de su intimidad, sabedoras del fundamento que esto tenía, eran par-

tella, andan ya por las inmediaciones de Pamplona.

La *Gaceta* no dice nada, al menos *La Correspondencia* no lo copia.

—Pero el Gobierno lo sabe, y en el Ministerio de la Guerra no se habla de otra cosa. El hermano de un cajista de casa está de escribiente en la Dirección de Infantería, y allí lo ha oído.

—Y por el Maestrazgo, ¿no hay nada?

—Todavía....

—Como no tengan mano de hierro, estamos perdidos.

—Eso nó; la guerra podrá durar lo que la otra, pero á Madrid no vienen.

—La cena es la que viene ahora—dijo Doña Manuela, entrando con una cazuela entre las manos.

En un papel de cigarrillo pudo haberse hecho el *menú* de aquella pobre gente: el clásico besugo, ensalada de lombarda, leche de almendra y los postres traídos por Pepe; no había más. La botella de Rueda estaba destinada á Don José, que daría un par de copas á Millán. Los demás acordaron decir que el vino blanco les irritaba mucho. De allí á poco

no que ó del besugo sino la raspa; de la ensalada, ni una hoja.

—Vaya á la salud de esas piernas—dijo Millán, apurando un trago y mirando de reojo á Leocadia.

—¡No volverán á correr como corrieron!  
—Todo vuelve, Don José, todo; ya ve vd., hasta los carlistas.

Doña Manuela, picada de no haber escuchado todavía un elogio para su guiso, comentó á tronar contra la política.

—No sabéis hablar de otra cosa. Pues dejarles que vengan. Peores que estos que mandan ahora no serán.

--Calla, mujer. ¡Tú que sabes! Sería un horror. Vosotros—añadió el viejo, dirigiéndose á los muchachos—no tenéis idea de lo que hicieron la otra vez. Siete años duró: la gente no podía salir de las ciudades, fusilaban hasta niños y mujeres..... ¡Sería una vergüenza..... ahora que el ejército está bien armado y mejor vestido. En la otra guerra se batieron con fusiles de pistón y hasta de chispa, y llevaban en invierno pantalones de hilo.

Leocadia se levantó para ir á buscar la le-

eche de almendras, y volvió en seguida trayendo la sopera.

—Y todo eso en defensa de la religión—dijo Millán en tono de burla.

—La religión no tiene nada que ver en esto, hijos míos. Cuando se alzaron en armas contra Fernando VII, nadie había maltratado á la religión; durante la guerra, los batallones cristinos gastaban más tiempo en misas que en ranchos; los liberales eran casi más devotos que los absolutistas; nadie se había metido con la Iglesia; y luego, eso ya lo habéis alcanzado vosotros, lo de San Carlos de la Kápita tampoco tuvo que ver nada con la religión. No hay más sino que cuatro provincias quieren imponer la ley á toda España. ¡Si viviera Don Juan! ¡Ese sí que era hombre! ¡Buena está la leche de almendras! En fin, ya hemos cenado. ¡Otra Noche Buena! ¡Quién sabe de aquí á la que viene!....

—La pasaremos juntos como esta—añadió Millán—quizá más unidos;—diciendo lo cual miró á Leocadia, que bajó los ojos, entre esquiva y pudorosa.

—Sobre todo, la pasaremos con Tirso—dijo Doña Manuela.—Ya es tiempo de que vamos juntos. Verle llegar ahora, va á ser

como parir de pronto un hijo de treinta y cuatro años.

— ¿Han vivido ustedes siempre separados?

— Casi toda la vida. Ya te hemos contado cómo fué lo de dejarle con Don Tadeo. ¿Qué habíamos de hacer? Hemos corrido más provincias que tiene el mapa. Don Tadeo le tomó mucho cariño: ¡eso sí! No le hubiese tratado mejor aunque fuera hijo suyo. Lo único que me supo mal, fué lo de hacerle cura; pero no pude evitarlo. Si al menos fuera un cura como Muñoz Torrero ó Venegas, ó Martín Velasco....

— Calle vd., por Dios, Don José. ¿Curas liberales? ¡Son los peores!

Pepe, Leocadia y la madre callaban, sintiendo que se hablara de aquello, porque Don José en tales casos acababa poniéndose de un humor de todos los diablos; pero Millán, que desde tiempo atrás tenía deseos de saber la historia del caso, fué poco á poco obligando al viejo á que la contara.

— Ese Don Tadeo estaría entregado á gente de iglesia....

— Cabalito: era un sujeto buenísimo, pero de los que se comen los santos, y que hiló el negocio con gran finura. Tomó cariño á Tirso,

eso es indudable. Creo yo que lo primero que se le ocurrió fué darle carrera, sin fijarse en cuál, hacerle hombre; luego sus ideas, sus relaciones..... Cuando me trasladaron de Granada á Zamora, hizo el viaje con el chico solo para que yo le viera; tenía ya doce años; aquello se lo agradecí mucho, porque única-mente le había visto en dos escapadas cortísimas que hicimos esa y yo desde Valladolid. Quisimos recoger al muchacho entonces, en Zamora, pero por un lado, ya comprenderás, las consideraciones á lo mucho que debíamos á Don Tadeo... él insistió en que no se le quitáramos; decía que Tirso era tan bueno, que le había tomado tanto cariño. Además, la situación nuestra no era buena, es decir, nunca lo ha sido, jamás hemos podido ahorrar nada. Ahora si no fuese por la jubilación ignoro cómo viviríamos. En fin, para concluir, cuando Don Tadeo nos escribió que Tirso quería ser cura, ya le había metido en el Seminario. ¿Qué íbamos á hacer? Aunque tuviera yo más energía que un león.... pues: ¡aguantarme! ¡Cualquiera se arrisca á luchar con gente de iglesia!....

Al llegar aquí calló, temeroso de que se le fuera la lengua.

—¿Pero él tenía vocación?

Pepe, que hacía ya rato daba señales de impaciencia, no pudo aguantar más, y rompió diciendo entre burlón y enojado:

—¡Vocación! Vocación! ¿Quién sabe lo que es eso? Podrá sentir la el hombre har to de vivir y pensar; pero un chico de diez y seis años, como era Tirso entonces, cuando entró en el Seminario, ¿qué entendería de consagrarse á Dios? ¡Fué una verdadera infamia, un engaño, un robo, un secuestro *ad magorem Dei gloriam!*

—Si—respondió Millán—como cuando se meten los jesuitas en familia donde hay niña con dinero, y al poco tiempo cártatela monjita.

—Exactamente lo mismo, chico. Pero es preciso ser justo, En este caso hubo una notable diferencia á favor de Don Tadeo, que era un fanático exageradísimo, y sin embargo, un hombre muy bueno. El debió indudablemente encargarse de mi hermano por pagar á papá el favor aquel de la causa que ya te hemos contado; luégo sus ideas, sus amistades con gente de iglesia, la influencia que sobre él ejercían sus amigos, su horror á que el muchacho aprendiera lo que se aprende en los

libros contra esa pillería, el no querer enviarle, siendo su ahijado, á un centro de enseñanza donde los realistas de la provincia no querían enviar á sus hijos, todo esto contribuyó al pecado. No hubo en él, al principio, maldad de intención: Don Tadeo creyó hacer una acción meritoria, casi una obra de caridad. No se fijó en que robaba un hijo á sus padres; su propósito fué poner una voluntad al servicio de Dios.

—Vamos, una calamidad hecha hombre. Doña Manuela callaba porque, áun disgustándole la firma en que su hijo se expresaba, comprendía que no le faltaba razón: Leocadia acostumbrada á escenas parecidas, casi no escuchaba, por tener todo aquello oído hasta la saciedad. Además, lo que absorbía su atención, por el momento, era andar lista para que Millán no la cogiese un pie entre los suyos debajo de la mesa, excesillo disculpado por el amor del novio y favorecido por la clásica camilla, con su largo refajo de bayeta verde que caía hasta tocar en el suelo. Don José estuvo haciendo con la cabeza signos de asentimiento mientras habló Pepe.

—Tienes razón en todo, hijo mío; Don Tadeo quiso hacer un bien y nos fastidió, por.

que, la verdad, quien es de la Iglesia, sólo es de ella. Hay días en que me parece que no tengo tal hijo.

Dofia Manuela, sin ser devota, pues el echar criaturas al mundo no la dejó tiempo para ello, profesaba cierto respeto inexplicable é inconsciente á las cosas y personas sagradas: sobre todo, desde que su hijo mayor se hizo cura, comenzó á tener una como sombra de veneración indeterminada y vaga á la clase sacerdotal; así que, cuantas veces asistia á semejantes diálogos, pasaba un mal rato. Su falta de ilustración y su escaso sentimiento religioso, no podían prestarle armas para luchar; pero le dolía que siendo Tirso clérigo, y habiendo por el mundo tanta gente que les guarda consideración, su otro hijo les mirase con tan malos ojos.

—¿Qué edad tiene ahora—preguntó Millán.

—Echa la cuenta: de los tres hijos que nos quedan, es el mayor; nació el año de 38, tiene ahora 34; luego va éste (*por Pepe*), que tiene veinticuatro, y esa (*por Leocadia*), que cumplirá pronto diez y nueve.

—Si hubieran vivido los otros, serian siete, y á todos los he criado yo—añadió con

cierto orgullo la madre—menos á Tirso. Ahora, por vez primera, vamos á vivir juntos.

—¡Ojalá vivamos en paz!—dijo Pepe.

—¡Ave María Purísima! ¿Qué cosas tiene este hermanito que Dios me ha dado.

—Lo digo en serio, y no me importa que lo sepáis. Tengo miedo á la venida de Tirso; la deseo y la temo.

Don José callaba tristemente; aquello no le agradaba; pero desde que se supo la próxima llegada á Madrid de su hijo mayor, tenia el alma combatida por los mismos presentimientos que agitaban á Pepe, y escuchándole hablar, le parecía oírse á sí propio.

—Por nuestra parte—prosiguió Pepe—nadie ha de turbar esta armonía. Aquí, lo has visto desde que nos conoces, Millán, mis padres viven para esta y para mí; nosotros para ellos. Estos muebles, que tienen más años que yo, no han oído nunca una disputa ni la menor falta de respeto. Leocadia y yo tratamos á los viejecitos con más mimo que chico á juguete nuevo. ¿Sabes por qué? Porque no nos hemos separado nunca, ni nos hemos acostado una noche sin besarnos, ni ha tenido uno dolor que no lo sea de los demás ni ha callado ninguno una alegría, ni ha comido nadie un bollo

sin guardar á los otros, ni se ha hecho un traje sin pensar cuánta ropa tenía cada uno; en una palabra, chico, nuestras ideas, en mí por convicción; en mis padres y en ésta por bondad, lo han supeditado todo al cariño, atesorándolo día por día y hora por hora, sin mezcla de egoísmo, sin compartirlo [con nadie.... (A Don José se le humedecían los ojos de gusto.) Y ahora vendrá Tirso, educado lejos de nosotros, hecho un hombre..... y le recibiremos con los brazos abiertos. Por mi parte, estoy deseando que llegue; á más cuidados tocará papá cuantos más séamos en casa. Pero.... ¡sabe Dios!

—No hay pero que valga: parece que se te queda algo dentro del cuerpo; pues es tan hermano tuyo como ésta, que yo misma os he parido á todos.

—No entien les lo que he querido decir, mamá. Para nosotros todas las dichas de la tierra están dentro de estas paredes: podemos, ó procuramos dárnoslas unos á otros. Cuando venga Tirso le oirás hablar de distinto modo, y verás cómo hay en él alguna aspiración, alguna idea que sobrepuja al cariño que nos tenga.

—Vaya, ¡ya pareció aquello! las ideas de ahora; calla, hijo, calla.

—Al tiempo, madre, al tiempo.

Habían concluido de cenar. Los ruidos de la calle inmediata iban cesando poco á poco; percibíase más claro el lejano campaneo de alguna iglesia, que anunciaba la Misa del Gallo; los chicos de las latas de petróleo seguían pasando de rato en rato por la calle Imperial, y de los otros pisos de la casa subían, á intervalos desiguales, cantares, villancicos, carcajadas, gritos y algún maullido de gato que estaba toda la noche oliendo besugo sin comerlo.

—Quitaremos la mesa—dijo doña Manuela, y comenzó por guardar para Don José lo poco que quedara de la perada y del turrón.

—¿Quiere Vd. que le acostemos entre ese y yo?—preguntó Millán al enfermo.—Van á dar las doce; en vilo te llevaremos á Vd. á la cama.

Como antes hicieron doña Manuela y Leocadia, Pepe y Millán fueron empujando la butaca desde el comedor al gabinete en cuya alcoba dormía Don José; Leocadia se quedó doblando el mantel y las servilletas. Un mo-

mento después, Don José se despedía desde dentro diciendo á Millán, que había vuelto á salir al comedor:

—Si hay noticias, ven mañana, ¿eh? y tráeme algún periódico, que es la única distracción que tengo.

—Descuide Vd., no faltaré. Adiós, doña Manuela; que pasen ustedes buenas noches, y de hoy en un año. Adiós, Leo. ¿Quién hace el favor de bajar á abrirme?

La muchacha, que dormitaba en la cocina, acompañó á Millán. Cuando subió de abrirle la puerta de la calle, estaban los dos hermanos sentados en el comedor, ¡junto á doña Manuela.

—Esperemos á que papá se duerma —decía Leocadia— no sea que nos oiga.

Dejaron pasar un rato; Leocadia destrenzó mientras tanto el escaso pelo á su madre, recogidoselo con un par de orquillas, y luego hizo lo mismo con sus largos rizos castaños. Pepe encendió un pitillo y examinó la lámpara, como quien la ha de utilizar hasta tarde, para que luego no faltara petróleo.

—Mucho escribes, hermano.

—Yo, cuando quiero á alguien, no soy como tú, que apenas haces caso de Millán.

Pues mira: sus intenciones no pueden ser más claras. Esta noche he dicho yo eso de que bajabas pronto á abrirme cuando imaginabas que él venía; pero, en fin, allá tú. A mí me parece que no estás muy expresiva con él.

—¡Tiene gracia! ¿Quieres que me le coma con la vista? ¡Ni que fuera una estampa!

—No vayas á pensar que quiero meterte el nevio por los ojos. Lo que te digo es que, aunque vivieras cien años, no encontrarías uno mejor,

—¿Es príncipe?

—Sí; como tú princesa.

—Pues hijo, tú bien haces el amor á una señorita de coche.

En esto se asomó al gabinete doña Manuela.

—Hijos, ya está medio dormido: vamos á hablar pronto cuatro palabras, que estoy rendida y quiero también acostarme.

—Pues mira, mamá, lo que hay que hablar es poco; pero no queda más medio que decir algo. La botica se lleva un dineral; es necesario gastar menos en todo lo demás. Yo voy á hacer un trabajo para don Luis, que de fiyo me pagará bien; pero con lo que esto

produzca no hay que contar hasta el mes que viene.

—Bueno, lo primero es despedir á la chiquita: aunque no son más que treinta reales, algo es algo. Mañana llevará ésta á empeñar la colcha de Filipinas y los candeleros de plata.

—Lo qué debíamos hacer es suprimir parte del gasto diario—dijo Leo. Que no traigan carne más que para papá, y con decirle que coma en su cuarto para moverse menos, luego nosotros nos venimos al comedor, á así no se entera.

—Yo, con tres cajetillas á la semana tengo bastante. Además, Don Luis me da algunos puros y los guardaré para picarlos. ¿O han dicho algo de la tienda?

—Sí—repuso Leocadia—por cada docena de pañuelos pagan, según el dibujo, de veinticuatro á treinta y seis reales, y tengo yo que poner lo que haga falta.

—En resumen—dijo Pepe haciendo números con un lápiz al margen de *La Correspondencia*, y murmurando entre dientes las cifras del cálculo—tenemos veintisiete duros de la paga de papá, con diez y ocho de mi sueldo, son cuarenta y cinco, y unos ocho ó

diez que le den á esta por los bordados.... de cincuenta y tres á cincuenta y cuatro duros al mes: quitando los veinte, lo menos, que hay que dar á la lonja por los plazos, y el pico que falta del sastre, quedarán unos treinta y cuatro duros.... pongamos á duro diario para el gasto de la casa.... la botica es la que nos pierde.

—Pues hijo, de algún lado hay que sacarlo; ni un cuarto se mal gasta.... ¿Qué haríamos?

—Ahora, acostarnos; cada cuál á su cama. Dejarme á mí: creo que Don Luis nos ha de sacar de apuros. Al menos yo he de hacerle un favor que.... en fin, ¿quién sabe? Adiós mamá; y tú, fea, cara de mona, hasta mañana.—Y dando un beso á cada una, las echó suavemente del comedor. Cogió luego la candelera que había en la cocina, fué con ella á su cuarto, volvió trayendo sobre un cartapacio grande, tintero, plumas, papeles, sobres y tres ó cuatro libros, y colocándose lo mejor que pudo, se sentó ante la camilla.

Hasta cerca de la madrugada estuvo tomando apuntes de varios libros, escribiendo en las cuartillas párrafos muy cortitos, como extractos, cifras seguidas de referencias y ci-

33049

tas. Aquello parecía trabajo preparado para que lo aprovechara otro. Cuando en el reloj cercano sonaron las tres, el pobre muchacho tenía ya la cabeza pasada, la vista insegura, y su hermoso busto, inclinado aún hacia la mesa, aparecía envuelto en una nube de humo que habían dejado en la atmósfera del cuarto los pitillos consumidos, cuya ceniza movida por la respiración, revoloteaba sobre las hojas de los libros. Todavía continuó llevando cuartillas un rato, hasta que, yertos los pies y ardorosa la frente, recogió los papeles y los guardó en uno de los volúmenes. En seguida sacó un plieguecillo para una carta, y quedándose un instante como ensimismado, pensó: "La escribiré, por si no nos vemos mañana." Luego, al buscar los sobres, como hubiese entre ellos uno mayor y más pesado, lo abrió, sacando de él dos ó tres cartas y un retrato de mujer, el de la señorita de coche que mentó Leocadia, y contemplándolo un momento, murmuró: "¡Qué bonita es!" En seguida, sin que ningún ruido le distrajese, entregado con alma y vida á sus ideas, tomó el plieguecillo y comenzó á escribir.

"Adorada Paz ..."

## II

Pepe y Millán se conocieron en 1862, cuando á los catorce ó quince años cursaban en el Instituto del Noviciado *primero de latín*.

Eran ambos entonces de escaso desarrollo físico, pero inteligentes, gnapos, listos sin exceso de picardía, y avisados sin sobra de malicia. En su organismo endeble de madreleños criados en casas pobres, prevalecía su entendimiento de niños educados junto á personas mayores que, sin velar nada, hablan de todo libremente. Pepe era delgado, alto, laraguirucho, con el pelo rucio, rizado y arremolinado, que dicen ser indicación de genio vivo. El mirar penetrante de sus ojos parecía al fijarse en las cosas, querer arrancarlas la enseñanza que de ellas brota; nunca se le can-